

# Del carácter no-proposicional de nuestras creencias básicas al antifundamentalismo y el relativismo epistémico<sup>1</sup>

José María ARISO  
(Universidad Internacional de La Rioja)

COLIVA, Annalisa: *Moore and Wittgenstein. Scepticism, Certainty and Common Sense*. Palgrave Macmillan, Hampshire & New York, 2010. 248 páginas.

¿Cómo es posible que la compilación de notas de Ludwig Wittgenstein publicada con el título *Sobre la certeza* esté pasando prácticamente desapercibida dentro del panorama de la Teoría del Conocimiento contemporánea y que, al mismo tiempo, haya sido considerada por algunos autores como la mayor contribución a la Teoría del Conocimiento desde la *Crítica de la razón pura*<sup>2</sup> o como la obra más fascinante del que a menudo ha sido considerado como el filósofo más influyente del pasado siglo XX<sup>3</sup>? ¿Acaso constituyen los admiradores de *Sobre la certeza* un grupo de iluminados que ha sido capaz de apreciar un tesoro cuya riqueza apenas ha sido vislumbrada por el grueso de la comunidad filosófica, o deberíamos concluir simplemente que el citado grupo de admiradores ha acabado sobrevalorando hasta la exageración una obra que a lo sumo cabría calificar como “sugerente”? Antes de tomar estas preguntas al pie de la letra e inclinarnos por alguno de los extremos que en ellas se plantean, sería conveniente hacer algunas matizaciones. Ante todo, es preciso recordar que el conjunto de notas que hoy día conocemos con el título *Sobre la certeza* no es, estrictamente hablando, una *obra* a la que su autor diera el visto bueno para ser publicada: lejos de tal cosa, se trata de una serie de

---

<sup>1</sup> Esta nota ha sido realizada dentro del marco del proyecto de investigación “Normatividad y praxis: el debate actual después de Wittgenstein” (FFI2010-15975).

notas que Wittgenstein ni siquiera llegó a revisar, ya que falleció repentinamente cuando estaba plenamente inmerso en la redacción de las mismas. Por tanto, estas notas deberían contemplarse no tanto como una obra *acabada*, sino como un *borrador inconcluso* formado por un cúmulo de observaciones extraordinariamente densas e interesantes en las que Wittgenstein *comienza* a plasmar sus reflexiones sobre diversos artículos de George E. Moore. Algunos comentaristas han tratado de condensar en diversas monografías las principales contribuciones o líneas de pensamiento que cabe hallar en *Sobre la certeza*, lo cual les ha llevado a atribuir a Wittgenstein, entre otros muchas cosas, una forma revolucionaria de fundamentalismo y una refutación definitiva del escepticismo respecto a la existencia de los objetos físicos. Sin embargo, el grueso de la comunidad científica parece haberse limitado, a lo sumo, a considerar y citar de cuando en cuando algunos párrafos aislados de *Sobre la certeza*. En mi opinión, semejante actitud se debe en buena parte a la complejidad misma del texto y a la dificultad que conlleva extraer de él argumentos claramente definidos –entre otras razones, porque al igual que ocurrió con sus *Investigaciones filosóficas*, el propósito de Wittgenstein en *Sobre la certeza* no es elaborar teoría filosófica alguna sino considerar diversos problemas, en este caso epistemológicos, como confusiones lingüísticas que han de ser disueltas—. De hecho, me atrevería a decir que la única contribución de *Sobre la certeza* en cuya interpretación coinciden unánimemente todos los comentaristas es la concepción que Wittgenstein tenía tanto de la “duda” como del “conocimiento”, concepción ésta última que, dicho sea de paso, no era ni mucho menos original, ya que se trataba de la noción clásica de conocimiento como creencia verdadera justificada. Por lo demás, no sólo se sigue discutiendo si Wittgenstein llega a refutar en estas notas el escepticismo respecto a la existencia de los objetos físicos o si defiende una posición fundamentalista, coherentista, relativista, realista, etc., sino que además se le han atribuido concepciones epistémicas de la certeza –a pesar de la férrea distinción categorial que establece entre conocimiento y certeza<sup>4</sup>–, así como también se ha llegado a señalar que el interlocutor de Wittgenstein en *Sobre la certeza* no es George E. Moore, sino Bertrand Russell<sup>5</sup> o incluso el mismísimo cardenal John Henry Newman<sup>6</sup>. Ante esta tesitura, se antojaba ya necesaria la aparición de algún estudio

<sup>2</sup> Cfr. Stroll, A.: “Why *On Certainty* Matters”, en D. Moyal-Sharrock & W. H. Brenner (eds.), *Readings of Wittgenstein's On Certainty*, Hampshire & New York, Palgrave Macmillan, 2005, p. 33.

<sup>3</sup> Cfr. Moyal-Sharrock, D.: *Understanding Wittgenstein's On Certainty*, Hampshire & New York, Palgrave Macmillan, 2004, p. 2.

<sup>4</sup> Cfr. Wittgenstein, L.: *Sobre la certeza*, Barcelona, Gedisa, 1997, § 308. En esta obra se usa a menudo el término “creencia” como sinónimo de “certeza”. Cfr. §§ 72, 92, 106-107, 144, 159, 166, 173, 175, 209, 240, 246, 251, 253, 279, 312.

<sup>5</sup> Tomasini, A.: *Teoría del Conocimiento Clásica y Epistemología Wittgensteiniana*, México, Plaza y Valdés, 2001, p. 235.

<sup>6</sup> Kienzler, W.: “Wittgenstein and John Henry Newman on certainty”, *Grazer Philosophische Studien*, 71, 2006, p. 134.

riguroso de *Sobre la certeza* que analizara dicho texto desde su misma génesis, es decir, desde la reacción de Wittgenstein a los artículos de Moore “A Defence of Common Sense” y “Proof of an External World”. Según Annalisa Coliva, en su libro *Moore and Wittgenstein* se dedica precisamente a analizar, desde la perspectiva de una historiadora de la filosofía, la lectura que Wittgenstein hace de los citados artículos de Moore<sup>7</sup>. En líneas generales, se puede afirmar que Coliva lleva a cabo dicha tarea de forma exitosa a lo largo de la primera mitad de su libro, si bien en la segunda mitad su rigor inicial se va disipando poco a poco, como mostraré posteriormente, a medida que trata de profundizar en las líneas de pensamiento que Wittgenstein desarrolla en *Sobre la certeza*. Pero vayamos por partes.

En lo que respecta a la interpretación que Wittgenstein hace de los dos artículos de Moore, Coliva hace bien al destacar el papel mediador, frecuentemente infravalorado, que en dicha interpretación desempeñó Norman Malcolm. Pues según Coliva, Malcolm conocía muy bien la crítica que Wittgenstein dirigió a Moore en 1939 debido al uso que éste hizo del verbo “saber” en relación con las sensaciones, crítica que el propio Malcolm iba a aplicar posteriormente en dos artículos —“Moore and ordinary language” (1942) y, sobre todo, “Defending common sense” (1949)— dedicados al análisis de los argumentos epistemológicos que Moore expone en “A Defence of Common Sense” y “Proof of an External World”: tal y como nos recuerda Coliva, Wittgenstein discutió el artículo de Malcolm titulado “Defending common sense” en la visita que el filósofo vienés hizo al propio Malcolm en Ithaca el año 1949, tras lo cual se dedicaría a profundizar en este asunto redactando, durante los que a la postre iban a ser sus últimos dieciocho meses de vida, las notas que hoy conocemos con el título *Sobre la certeza*<sup>8</sup>. Sin embargo, y haciendo un inciso, es conveniente señalar que Coliva se equivoca al negar que Wittgenstein hubiera reflexionado sobre cuestiones epistemológicas con anterioridad a la visita que hizo a Malcolm en 1949<sup>9</sup>. Por citar sólo un ejemplo, el texto que el propio Wittgenstein tituló en 1937 “Causa y efecto: aprehensión intuitiva” estaba dedicado a problemas como nuestro conocimiento de las relaciones causales y la justificación de la duda, reflexiones que le permiten reparar en cuestiones que posteriormente tendrán una importancia crucial dentro del contexto de *Sobre la certeza*: entre esas ideas de gran calado destaca, naturalmente, aquella según la cual la duda debe cesar en algún momento porque un juego de lenguaje no se puede originar a partir de una duda<sup>10</sup>. A pesar de esta matización, es de justicia reconocer que Coliva no sólo analiza con detalle los argumentos que Moore desarrolla en “A Defence of Common Sense” y

<sup>7</sup> Coliva, A.: *Moore and Wittgenstein*, p. 4.

<sup>8</sup> Coliva, A.: *Moore and Wittgenstein*, p. 30.

<sup>9</sup> Coliva, A.: *Moore and Wittgenstein*, p. 14.

<sup>10</sup> Wittgenstein, L.: “Causa y efecto: aprehensión intuitiva”, en J. C. Klagge y A. Nordmann (eds.), *Ocasiones filosóficas 1912-1951*, Madrid, Cátedra, 1997, pp. 368-404.

“Proof of an External World”, sino que además critica con rigor las interpretaciones que de dichos artículos hicieron Thompson Clarke, Barry Stroud, Crispin Wright y Jim Pryor. Así, Coliva señala que a diferencia de Wittgenstein, el cual se hallaba anclado en una concepción internalista del conocimiento, Moore habría anticipado en múltiples aspectos el enfoque externalista que posteriormente desarrollarían diversos epistemólogos al mantener que se puede saber algo aun cuando no se esté en condiciones de probar que se sabe tal cosa. Si a esto se le añade que Moore no desarrolló su estrategia externalista y que, sobre todo, no aclaró cómo dicho enfoque podría servir para refutar el escepticismo, resulta sencillo entender por qué tanto Wittgenstein como Malcolm reprocharon a Moore que no explicara cómo obtenía el conocimiento que decía poseer<sup>11</sup>. Pero si bien Wittgenstein criticó agriamente que Moore afirmara saber con certeza determinadas proposiciones –como “En el momento presente existe un cuerpo humano que es mío”, etc.–, quedó completamente fascinado ante la intuición mooreana según la cual dichas proposiciones son ciertas aunque no seamos capaces de probarlas y no se asemejen en absoluto a las proposiciones que los filósofos han considerado tradicionalmente como inmunes a la duda<sup>12</sup>.

Después de explicar la ambivalente reacción de Wittgenstein hacia los artículos de Moore, Coliva comienza su particular análisis de las líneas de pensamiento básicas que cabe vislumbrar en *Sobre la certeza*, si bien considero que incurre en una serie de errores cuyo origen pretendo revelar a continuación. Coliva nos recuerda que Stroll hace referencia a una concepción proposicional de la certeza que parece predominar en los primeros párrafos de *Sobre la certeza* –es decir, cuando Wittgenstein se centra en el análisis de las proposiciones que Moore decía conocer con toda certeza–, si bien posteriormente dicha concepción proposicional parece dejar paso a una concepción no-proposicional –pues Wittgenstein va a relacionar la certeza con la animalidad, la acción espontánea, etc.–<sup>13</sup>. Partiendo de esta distinción, Coliva se pregunta cómo se podrían conciliar ambas concepciones, lo cual le lleva a plantear que, según Wittgenstein, la certeza consistiría en nuestra *aceptación no epistémica sino práctica o pragmática* –aceptación, por tanto, en la que se condensa la concepción no-proposicional– de múltiples proposiciones que, gracias a nuestra educación dentro de una comunidad que comparte un mismo lenguaje y forma de vida, podemos identificar como ajenas a la duda y a la necesidad de verificación –proposiciones en torno a las cuales se articula, como no podía ser de otro modo, la

<sup>11</sup> Es importante tener presente que Malcolm coincidía plenamente con su maestro y amigo en la concepción del significado como uso y en destacar la importancia de que los verbos “saber” y “dudar” se utilicen única y exclusivamente cuando se cuente con razones que justifiquen dentro del contexto de determinado juego de lenguaje cómo se sabe o por qué se duda.

<sup>12</sup> Coliva, A.: *Moore and Wittgenstein*, pp. 54-55.

<sup>13</sup> Stroll, A.: *Moore and Wittgenstein on Certainty*, New York & Oxford, Oxford University Press, 1994, p. 146.

concepción proposicional—. A juicio de Coliva, esto provoca que las proposiciones en cuestión desempeñen el papel de normas cuya aceptación se debería entender como constitutiva de racionalidad epistémica<sup>14</sup>. Sin embargo, pienso que Coliva se equivoca al atribuir a Wittgenstein la idea de que nuestras certezas se reducen a la aceptación “práctica” o “pragmática” de proposiciones normativas. Para no entrar en excesivos detalles, traer a colación dos párrafos de *Sobre la certeza* permitirá apreciar el error de Coliva. Efectivamente, Wittgenstein mantiene que la fundamentación última de nuestros juegos de lenguaje no se halla en que ciertas proposiciones nos parezcan verdaderas de forma inmediata: lejos de tal cosa, lo que se halla en el fondo último de los juegos de lenguaje es nuestra actuación (*Handeln*)<sup>15</sup>. Además, matiza que el término de la fundamentación “no es una presuposición sin fundamentos sino una manera de actuar sin fundamentos”<sup>16</sup>. Así pues, Wittgenstein concentra expresamente nuestra atención en una concepción de las certezas centrada simple y llanamente en las formas de actuar que se hallan en el fondo y origen de nuestros juegos de lenguaje<sup>17</sup>. De hecho, y como podemos apreciar en las citadas observaciones, Wittgenstein se refiere tanto a las proposiciones como a las maneras de actuar que vendrían a ilustrar respectivamente las concepciones proposicional y no-proposicional que Coliva trata de conciliar. Pero justo entonces, cuando el filósofo vienés tiene la oportunidad de revelar cuál es la relación existente entre proposiciones y maneras de actuar, no sólo es muy cuidadoso a la hora de mantenerlas separadas —evitando relacionarlas entre sí—, sino que además deja claro que son las maneras de actuar las que se hallan en el fondo último de nuestros juegos de lenguaje, por lo que parece inclinarse claramente y sin ambages por una concepción no-proposicional de la certeza.

No obstante, y partiendo de su convicción de que Wittgenstein consideraba que nuestras certezas se basan en la aceptación “pragmática” de proposiciones normativas, Coliva va a negar que las certezas sean inefables: de hecho, asegura que las certezas pueden ser dichas *qua* certezas, pues cuando verbalizamos una certeza con fines heurísticos —por ejemplo, al enseñar a una persona las normas de nuestro lenguaje o al hacer ver a alguien, generalmente un filósofo, que no ha reparado en cuál es el auténtico estatus de nuestras certezas— estamos *usando* una proposición con el fin de comunicar algo a otra persona<sup>18</sup>. Pero una vez más, opino que Coliva se equivoca. ¿Pues en qué consistiría o a qué se parecería siquiera decir una certeza *qua* certeza? Wittgenstein advierte de forma reiterada que las certezas se *muestran* en

<sup>14</sup> Coliva, A.: *Moore and Wittgenstein*, p. 175.

<sup>15</sup> Wittgenstein, L.: *Sobre la certeza*, § 204.

<sup>16</sup> Wittgenstein, L.: *Sobre la certeza*, § 110.

<sup>17</sup> Curiosamente, Coliva cita ambas entradas para ilustrar la concepción no-proposicional de la certeza (p. 170), si bien no formula las matizaciones que expondré a continuación.

<sup>18</sup> Coliva, A.: *Moore and Wittgenstein*, p. 177.

nuestra forma de actuar y de hablar<sup>19</sup>, y matiza que carece de sentido expresarlas<sup>20</sup> porque no tienen uso alguno *dentro* de nuestros juegos de lenguaje, a pesar de lo cual Coliva advierte que es posible verbalizar una certeza con fines heurísticos; pero en tal caso, añadido yo, no se estaría expresando una certeza *qua* certeza, sino que simplemente se estaría señalando una manera de actuar frente a otras alternativas. Este matiz se aprecia con especial claridad en el caso de un hipotético filósofo al que *explícitamente* tratáramos de hacer ver que una proposición aparentemente empírica como “Tengo un cuerpo” no precisa evidencia empírica que la avale porque no sería posible encontrar razones más seguras que la afirmación misma de que “Tengo un cuerpo”. Mas afirmar ante este filósofo “Tengo un cuerpo” no constituiría la expresión de una certeza *qua* certeza, sino un intento de despejar la confusión en que el filósofo en cuestión habría caído al considerar esta proposición. En este caso se verbalizaría una certeza con un fin determinado –el de aclarar una confusión–, mas verbalizar una certeza *qua* aclaración cuando ésta viene al caso no es lo mismo que verbalizar una certeza *qua* certeza. Pues al estar excluida esta última posibilidad de todos nuestros juegos de lenguaje, expresar una certeza *qua* certeza requeriría afirmarla fuera de todo contexto, en cuyo caso, tal y como señala Wittgenstein, cabría pensar que el sujeto en cuestión o bien expresaba algo en voz alta que sólo tenía explicación en relación con el flujo de sus pensamientos, o bien estaba enajenado y hablaba sin comprender siquiera sus propias palabras<sup>21</sup>. Como se puede apreciar, Wittgenstein maneja diversas explicaciones de lo que aparentemente sería la manifestación de una certeza porque en ningún caso está dispuesto a aceptar que quepa expresar una certeza *qua* certeza. Si alguien dijera repentinamente “Tengo un cuerpo”, trataríamos de entender qué quiere decir apoyándonos en juegos de lenguaje que nos proporcionaran alguna explicación coherente de semejante manifestación, ya que sólo de esta manera podremos dotarla de sentido: pero insisto una vez más, en ningún caso tendrá sentido *qua* certeza, pues las certezas no tienen uso alguno dentro de nuestros juegos de lenguaje. Tal y como señaló el propio Wittgenstein, las certezas no se *dicen* sino que se *muestran* en nuestra forma de actuar y hablar: de ahí que, a mi modo de ver, todo intento de expresar una certeza *qua* certeza esté condenado a diluirse en el error categorial de querer decir algo que en realidad es inefable porque sólo puede ser *actuado*.

A pesar de las discrepancias citadas, estoy totalmente de acuerdo con la posición antifundamentalista que Coliva atribuye a Wittgenstein. En opinión de Coliva, el pensador vienés no se embarcó en la empresa epistemológica de establecer los fundamentos sólidos de todo nuestro conocimiento, por lo que carecería de sentido atribuirle una posición fundamentalista. Como bien dice Coliva, lo que se suele

<sup>19</sup> Wittgenstein, L.: *Sobre la certeza*, § 7, 395, 431, 464.

<sup>20</sup> Wittgenstein, L.: *Sobre la certeza*, § 466.

<sup>21</sup> Wittgenstein, L.: *Sobre la certeza*, § 465.

tomar como “fundamento” dentro del contexto de *Sobre la certeza* viene establecido por nuestra manera de jugar diversos juegos de lenguaje epistémicos, de modo que no hay fundamento alguno que permanezca fijo gracias a un estatus intrínseco y estable: lejos de tal cosa, si nuestra imagen del mundo –o sistema de referencia en el que se articulan nuestras certezas– permanece fija y estable es debido al movimiento existente en torno a ella, movimiento que viene dado por nuestra manera de jugar múltiples juegos de lenguaje. Para conferir una mayor solidez a su opinión, Coliva apela a la interpretación que Michael Williams ofreció en relación con el supuesto fundamentalismo que parece desprenderse de *Sobre la certeza*<sup>22</sup>. Según Williams, hay cuatro requisitos cuyo incumplimiento impide que podamos atribuir una posición fundamentalista al autor de *Sobre la certeza*. En primer lugar, los fundamentos deberían tener validez universal; en segundo lugar, debería haber reglas a priori que permitan determinar qué pertenece y qué no pertenece al fundamento; en tercer lugar, el fundamento debería ser independiente de lo fundamentado; y en cuarto lugar, el fundamento debería permitir la resolución racional de toda disputa<sup>23</sup>. Personalmente, coincido con Coliva al considerar que la interpretación de Williams es concluyente. Sin embargo, esta autora afirma que el hecho de que Wittgenstein mantuviera una posición antifundamentalista en *Sobre la certeza* no implica necesariamente que el filósofo vienés pueda ser considerado como un relativista epistémico: pues del hecho de que nuestra imagen del mundo carezca de fundamento no se sigue necesariamente que haya o pueda haber otras imágenes del mundo distintas de la nuestra. A juicio de Coliva, sería un error atribuir a Wittgenstein la opinión de que existen o podrían existir distintos sistemas epistémicos intrínsecamente correctos cada uno de los cuales sería, desde un punto de vista metafísico, tan válido como cualquier otro, de modo que no podríamos basarnos en consideraciones racionales para elegir un sistema en detrimento de otro porque lo que se considere razón y justificación –y por extensión, “conocimiento”– dependerá del sistema de turno: en tal caso, sólo se podría abandonar un sistema y abrazar otro distinto a través de la persuasión o conversión, o sea, por medios ajenos a toda argumentación racional. Coliva no sólo cree que sería un error hacer partícipe a Wittgenstein de estos principios de corte relativista, sino que además atribuye al pensador vienés la opinión de que existe un único sistema –al que llama “ciencia”– dentro del cual se pueden ir albergando sucesivamente distintas creencias en fun-

<sup>22</sup> Coliva, A.: *Moore and Wittgenstein*, pp. 167-168. Además, Coliva añade que Wittgenstein tampoco habría defendido una posición coherentista porque el coherentismo es una tesis epistemológica sobre la naturaleza del conocimiento y la justificación –que a menudo va acompañada por una teoría de la verdad–, en tanto que el principal interés de Wittgenstein era la certeza entendida como una noción no-epistémica.

<sup>23</sup> Williams, M.: “Why Wittgenstein Isn’t a Foundationalist”, en D. Moyal-Sharrock & W. H. Brenner (eds.), *Readings of Wittgenstein’s On Certainty*, Hampshire & New York, Palgrave Macmillan, 2005, pp. 50-57.

ción de la cantidad y calidad de la evidencia disponible: así, la ciencia iría evolucionando a medida que fuéramos hallando nueva evidencia que, a su vez, nos llevará a elaborar una nueva teoría que permita procesarla. Para ilustrar su idea de que los cambios científicos –o de “paradigma”– se deben sobre todo a consideraciones racionales, Coliva apunta que Wittgenstein seguramente habría aceptado que el hombre puede viajar a la Luna no en base a consideraciones de simplicidad o simetría, sino teniendo a su alcance la evidencia adecuada y hallando respuesta a las dificultades técnicas –léase cuestiones empíricas– que a su juicio hacían que semejante proeza fuera imposible. A modo de conclusión, Coliva no sólo apunta que es más la evidencia que la persuasión lo que nos puede llevar a abandonar algunas certezas en favor de otras, sino que además señala que si bien es metafísicamente posible que existan criaturas con sistemas conceptuales y epistémicos radicalmente distintos del nuestro, no podríamos reconocer su imagen del mundo como distinta de la nuestra, ya que todo intento de interpretar su imagen del mundo debería ser llevado a cabo a partir de nuestra propia imagen: dicho de otro modo, Coliva está convencida de que sería imposible entender cómo un sistema alternativo podría diferenciarse del nuestro –el cual aparece así *ante nosotros* como universal e inevitable–, por lo que la posición relativista resultaría ininteligible<sup>24</sup>.

A pesar de la aparente solidez del argumento con el que Coliva pretende justificar que Wittgenstein no era un relativista epistémico sino un antirrealista, considero que en *Sobre la certeza* se puede apreciar una posición marcadamente relativista. Aunque concedamos a Coliva que existe un sistema denominado “ciencia” que evoluciona sucesivamente en función de la nueva evidencia que se va recopilando, sería erróneo concluir, en primer lugar, que esa evidencia nos  *fuerza*  a adoptar una nueva teoría o paradigma, y en segundo lugar, que no pueden existir sistemas distintos del nuestro. Para empezar, y como tuvimos ocasión de comprobar anteriormente, hasta la propia Coliva reconoce que Wittgenstein quedó impresionado por la intuición mooreana según la cual determinadas proposiciones aparentemente empíricas son ciertas aunque no seamos capaces de probarlas: tras esa fascinación de Wittgenstein se ocultaba, añado yo, el haberse dado cuenta de que no derivamos nuestras certezas a partir de la experiencia, por lo que un hecho insólito podría a lo sumo  *predisponernos*  pero en ningún caso  *forzarnos*  a modificar nuestras certezas<sup>25</sup>, las cuales están condicionadas pero en modo alguno justificadas por la experiencia. En lo que respecta a la existencia e inteligibilidad de sistemas distintos del nuestro, creo que basta con volver a traer a colación un par de entradas de *Sobre la certeza* para refutar la interpretación de Coliva. Según la primera de estas

<sup>24</sup> Coliva, A.: *Moore and Wittgenstein*, pp. 188-192, 202-203.

<sup>25</sup> En este sentido, Wittgenstein señala que podríamos aferrarnos a nuestras certezas rechazando toda experiencia que, en principio, pudiera constituir una prueba contra ellas. Cfr. Wittgenstein, L.: *Sobre la certeza*, §§ 368, 512, 516.



entradas, sería posible imaginar a un hombre que hubiera sido educado en la certeza de que la Tierra apareció hace cincuenta años, por lo que podríamos intentar persuadirle tratando de “darle nuestra imagen del mundo”<sup>26</sup>. De acuerdo con la segunda observación de Wittgenstein, no podríamos entender a quien dudara si la Tierra existe hace más de cien años porque no sabríamos qué estaría dispuesto a admitir esta persona como evidencia y qué no admitiría<sup>27</sup>. Como dice Wittgenstein, podríamos tratar de persuadir a quien afirmara que la Tierra existe desde hace sólo cincuenta años –o cien, lo mismo nos da– ofreciéndole *nuestra* imagen del mundo, por lo que es indiscutible que el filósofo vienés admite la posibilidad de que existan imágenes del mundo alternativas a la nuestra. Además, de lo dicho por Wittgenstein se desprende que, cuando se trata de persuadir a otras personas para que adopten *nuestra* imagen del mundo, no es imprescindible que *su* imagen sea *totalmente* inteligible para nosotros. Pues tomando como referencia los dos párrafos de *Sobre la certeza* a los que acabo de hacer mención, Wittgenstein da a entender que podemos intentar persuadir a alguien aunque no sepamos qué tipo de evidencia aceptaría como válida. En el caso del individuo que no posee la certeza de que la Tierra existe desde hace muchos siglos e incluso milenios, es posible que no seamos capaces de considerar en su justa medida todas y cada una de las drásticas consecuencias que para su imagen del mundo entraña esa discrepancia respecto a nuestro sistema de referencia. Sin embargo, no hay que olvidar que, si nos ceñimos a las últimas cinco o diez décadas, nuestras discrepancias con este sujeto desaparecen: en esas circunstancias, tanto nosotros como él jugamos juegos de lenguaje comunes y de la misma manera, por lo que podríamos tratar de persuadirle sugiriéndole que tratara la evidencia referente al período histórico anterior a los últimos cincuenta o cien años de la misma manera que trata la evidencia posterior. Partiendo de aquí, es obvio que el intento de persuasión señalado por Wittgenstein sería coherente e inteligible para el sujeto al que se trata de persuadir, pues su imagen del mundo es suficientemente similar a la nuestra como para que entienda de qué tratamos de persuadirle. Y si bien es posible que no podamos describir con todo lujo de detalles *en qué consisten* las diferencias entre la imagen del mundo de este sujeto y la nuestra, al menos sabemos *que* se diferencian, en qué aspecto o aspectos se diferencian, y que dicha diferencia es lo suficientemente importante y profunda como para concluir que, efectivamente, se trata de sistemas distintos.

En resumen, el libro de Annalisa Coliva que lleva por título *Moore and Wittgenstein* no sólo constituye una importante aportación al estudio de la lectura que Wittgenstein hizo de los artículos epistemológicos de Moore, sino que además contribuirá a estimular las múltiples discusiones que hoy día existen en torno a *Sobre la certeza*. Estoy convencido de que la influencia del libro de Coliva será muy

<sup>26</sup> Wittgenstein, L.: *Sobre la certeza*, § 262.

<sup>27</sup> Wittgenstein, L.: *Sobre la certeza*, § 231.

saludable porque, independientemente de que se esté de acuerdo o no con las tesis que defiende, pone en cuestión aspectos tan elementales como el carácter no-proposicional de las certezas, lo cual debe contribuir a que sus lectores vuelvan a plantearse y analizar con un rigor renovado cuestiones básicas de *Sobre la certeza* que previamente podrían haberse tomado como evidentes o “superadas” sin haber reparado en argumentos tan ingeniosos como los que propone Coliva.

José María Ariso  
Universidad Internacional de La Rioja  
josemaria.ariso@unir.net